

Benjamín Vicuña Mackenna: joven político rebelde en un contexto autoritario (1849-1859)

Simón Castillo Fernández*

RESUMEN: Esta investigación se centra en los primeros años de Benjamín Vicuña Mackenna en la vida pública, abordando su temprano ingreso a la política, su acercamiento a las ideas liberales y la influencia que su entorno familiar tuvo en ello. Tras protagonizar una sonada controversia siendo apenas un estudiante, enrolarse en la Sociedad de la Igualdad y trabajar como editor de la prensa liberal, su participación en la revolución de 1851 lo puso en la primera línea de la oposición al régimen conservador, papel que le significó una condena a muerte y el autoexilio. Con todo, volvió a Chile y se convirtió en uno de los animadores de la causa reformista que, a la postre, derivaría en la guerra civil de 1859. Para estudiar estos hechos se utilizan memorias y escritos del propio Vicuña Mackenna, así como bibliografía especializada, siempre centrando la mirada en la dimensión política del personaje.

PALABRAS CLAVE: Benjamín Vicuña Mackenna, liberalismo, Chile, guerra civil de 1851, guerra civil de 1859

ABSTRACT: This research focuses on the initial years of Benjamín Vicuña Mackenna in public life, addressing his early entry into politics, his approach to liberal ideas and the influence that his family environment had on it. After starring a controversy as a student, enrolling in the Sociedad de la Igualdad and working as editor of the liberal press, his participation in the revolution of 1851 put him in the front line of opposition to the conservative regime, a role that meant a death sentence and self-exile. However, he returned to Chile and became one of the animators of the reformist cause that, in the end, would lead to the civil war of 1859. To study these facts, Vicuña Mackenna's memories and writings, as well as specialized bibliography, are used, always focusing on the political dimension of the character.

KEYWORDS: Benjamín Vicuña Mackenna, liberalism, Chile, 1851 civil war, 1859 civil war

* Doctor en Arquitectura y Estudios Urbanos de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC), magister en Historia mención Historia de América de la Universidad de Chile y licenciado en Historia de la PUC. Realizó un proyecto Fondecyt Postdoctoral en Historia, financiado por Conicyt, referido a la historia sociocultural de las políticas de vivienda en Chile durante el siglo xx. Actualmente es académico de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Diego Portales.

Cómo citar este artículo (APA)
Castillo, S. (2018). *Benjamín Vicuña Mackenna: joven político rebelde en un contexto autoritario (1849-1859)*. Colecciones Digitales, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

Introducción

Benjamín Vicuña Mackenna nació el 25 de agosto de 1831 en Santiago. Su familia era una de las más renombradas de la aristocracia criolla, no tanto por su buena situación económica como por su gran influencia en la vida pública. El padre, Pedro Félix Vicuña, había nacido en 1805 «en el seno de una familia representativa de la nueva clase criolla, deseosa de buscar la emancipación de una España que veían opresora de sus ideales» (Jaimovich, 2007, p. x). El abuelo paterno, Francisco Vicuña Larraín, comerciante, participó activamente en la lucha por la independencia nacional y llegó a desempeñar los cargos de diputado, presidente del Senado, ministro de distintas carteras e, incluso –por un breve período–, presidente de la República. Su intervención en política no estuvo exenta de problemas: en 1811, las diferencias con los hermanos Carrera lo obligaron a retirarse junto a todo el grupo familiar a una hacienda en Catapilco, propiedad de su padre. Con la derrota patriota y el inicio de la Reconquista española en 1814, las cosas empeoraron, al punto de que tuvo que «vivir en la más completa clandestinidad debido a una orden de destierro a la isla Juan Fernández» (Jaimovich, 2007, p. xi).

Solo con la consolidación de la independencia en 1818, el clan Vicuña pudo gozar de mayor tranquilidad y retomar su participación en la vida pública. Pedro Félix se dedicó al comercio y durante la década de 1820 se mudó a Valparaíso, entonces un puerto en explosivo crecimiento. Luego de adquirir la primera imprenta que hubo en la ciudad, se inició en el periodismo publicando el primer periódico porteño, *El Telégrafo Mercantil y Político*, en cuyas páginas expuso su pensamiento liberal; a poco andar, dicho periódico se convertiría en *El Mercurio de Valparaíso*, vigente hasta el día de hoy. Por esa misma época contrajo matrimonio con su prima hermana Carmen Mackenna Vicuña, con la que tendrían trece hijos, entre ellos Benjamín. El padre de Carmen, el general irlandés Juan Mackenna O'Reilly, había tenido una connotada participación en las campañas militares de la independencia y fue amigo, consejero y lugarteniente de Bernardo O'Higgins. Sus últimos años los vivió exiliado en Buenos Aires, donde murió como consecuencia de un duelo con uno de los hermanos Carrera.

Entre julio y octubre de 1829, Francisco Vicuña Larraín asumió como presidente de la República interino, siempre apoyando las ideas liberales, en oposición a los estanqueros¹. Su hijo, en tanto, fue elegido diputado por

¹ Se conocía como «estanqueros» a aquellos miembros del grupo conservador o «pelucón», y más específicamente, a los cercanos al entorno de Diego Portales.

Quillota en julio del mismo año. No obstante, a partir del triunfo conservador en la batalla de Lircay (1830), la estructura política del país estaría dominada por grupos refractarios a reformas que ampliaran la participación ciudadana, algo evidenciado en la Constitución Política del Estado de 1833, que estableció el voto censitario, es decir, supeditado a ser alfabeto y tener cierto capital económico —criterio que Chile fue el primer país latinoamericano en adoptar (Carmagnani, 2004, p. 191) —. A ello se sumó una fuerte presencia militar y una represión sistemática a los liberales que habían luchado en contra de los nuevos gobernantes (Salazar, 2007).

En tal escenario, los Vicuña debieron nuevamente desaparecer de la escena pública y abocarse a sus negocios en el campo, lo que no fue impedimento para que Pedro Félix continuara promoviendo la causa liberal. Escritor y lector aventajado, con un extenso desempeño en el periodismo, católico pero crítico de la institucionalidad de la Iglesia y dueño de «un gran espíritu americanista» (Jaimovich, 2007, p. XIV), su personalidad ejercería una profunda influencia en el niño que creció a su lado, cuyo futuro estaría marcado por



Figura 1. Pedro Félix Vicuña Aguirre y su hijo Benjamín Vicuña Mackenna, c. 1860. Museo Benjamín Vicuña Mackenna, n° inv. 9-335.

la herencia ideológica paterna (fig. 1). Esta quedaría plasmada en diversos artículos, folletos, diarios y libros, entre los cuales resalta *El porvenir del hombre o Relación íntima entre la justa apreciación del trabajo y la democracia* (1858), obra de pensamiento muy avanzado y progresista para la época.

Durante la década de 1840, la participación política de Pedro Félix iría en aumento:

Ya hastiado con lo que consideraba un abusivo gobierno por parte de Manuel Bulnes, se abocó a organizar la oposición. En 1845 participó junto con Manuel Bilbao y José Victorino Lastarria en la creación de un club opositor denominado la Sociedad Demócrata, y en su versión más popular, la Sociedad Caupolicán. Al año siguiente, en vísperas de una segura reelección del presidente Bulnes, organizó un partido de oposición junto con el coronel Pedro Godoy y postuló,

fallidamente, a una senaduría por Valparaíso, alegando la intervención fraudulenta del oficialismo en su contra. Las tímidas manifestaciones en contra de los resultados electorales desataron una desmesurada respuesta por parte de las autoridades, que declararon estado de sitio. Pedro Félix Vicuña fue encarcelado y al constante opositor se le aplicó un castigo ejemplar, el destierro. El 8 de mayo de 1846 partió con rumbo a Lima, Perú. (Jaimovich, 2007, p. xiv)

Aunque el jefe de familia pudo retornar a Chile en octubre de ese año, siguió teniendo como antagonista al bando conservador y, en específico, a Manuel Montt, ministro durante el mandato del general Manuel Bulnes (1841-1851). Para entonces, Montt se perfilaba como casi seguro candidato presidencial oficialista y, dados los habituales fraudes electorales de la época, como futuro presidente de la República, contexto en el cual Pedro Félix siguió vinculado a los liberales, apoyando la candidatura de Ramón Errázuriz. En 1850 refundó el periódico *La Reforma* –cuyo nombre es decidor respecto de los objetivos políticos de su autor– y fue encarcelado, poco después liberado y, en el verano de 1851, ante la renuncia de Errázuriz a la candidatura presidencial, apoyó al general José María de la Cruz. Es en este punto donde las participaciones públicas de Pedro Félix y Benjamín se cruzan, ambos compartiendo un ideal de reforma al sistema político que regía el país.

Los primeros pasos políticos de Benjamín: de la Academia de Leyes al Club de la Reforma

Siendo un joven de apenas 19 años, Benjamín ingresó a la escena política. Como se dijo antes, el referente que representó su padre fue decisivo en la orientación que tempranamente dio a su vida. Ya desde pequeño, viviendo junto a él en Llayllay, localidad interior cercana a Valparaíso, y luego en casa de su tío Félix Mackenna en Santiago –adonde volvió en 1840 para cursar los estudios primarios–, Benjamín mostró ser un voraz lector (Jaimovich, 2007). A fines de esa década se graduó de las Humanidades en el Instituto Nacional, el principal recinto educacional del país, caracterizado por una enseñanza laica y republicana, y donde asistían los hijos de las familias santiaguinas más prominentes. Recordando esos años, Vicuña Mackenna confesaría que entonces le gustaba «solo leer libros de historia, cuyos argumentos contaba a mis compañeros, y esto y charlar eran mis ocupaciones» (citado por Galdames, 1932, p. 24).

Luego de obtener el título de bachiller en Leyes y Ciencias Políticas, otorgado por la Universidad de Chile el 12 de mayo de 1849, Vicuña Mac-

kenna ingresó a la Academia de Leyes y Práctica Forense cuando le faltaban tres meses para cumplir 18 años (Orrego Vicuña, 1934; Galdames, 1932)². Era una época de plena vigencia del orden portaliano, marcado por el intervencionismo electoral, una precaria libertad de prensa y recurrentes estados de sitio para mantener la estabilidad político-social del país. En palabras del joven liberal, «Cuando me incorporé a la Academia [...] regálala como su director el deán don Juan Francisco Meneses, que frisaba ya en los 70» años de edad (Vicuña Mackenna, 1868, citado por Orrego Vicuña, 1934, p. 6). Se trataba de «un clérigo de ideas marcadamente reaccionarias, monarquista recalcitrante y hombre duro y apasionado» (Orrego Vicuña, 1934, p. 7). Fue con este personaje que Benjamín tuvo su primer choque, evidenciando su carácter rebelde a poco de haber ingresado a la institución.

El motivo de esta confrontación fue la lectura a viva voz por parte del clérigo Meneses de una carta de felicitación al nuevo ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública (quien había ejercido un cargo destacado en la Academia), hecho que los estudiantes interpretaron como una maniobra política en favor del Gobierno y de la candidatura de Manuel Montt. Vicuña Mackenna, en nombre de sus compañeros, protestó airado. Su enfrentamiento personal con Meneses escaló, derivando en una prolongada polémica a través de la prensa que, a la postre, acabó gatillando la disolución del instituto por decreto gubernamental.

Además de tener fuerte eco en la prensa, la Cámara de Diputados y la opinión pública en general, el incidente desencadenó «la primera huelga estudiantil que se recuerde en la Universidad de Chile» (Orrego Vicuña, 1934, p. 7). Finalmente, el rector Andrés Bello tuvo que mediar para solucionar el conflicto: Meneses exigió que cesara toda discusión en los periódicos y el joven pudo retornar a las aulas. La controversia no solo había puesto de manifiesto la posición política de Vicuña Mackenna, abiertamente opuesta a las ideas conservadoras que venían sosteniendo los gobiernos desde 1831, sino que además había servido para demostrar la existencia de una juventud de élite con afán de rebeldía –tanto como para participar, poco tiempo después, en la revolución de 1851–.

Por otra parte, en paralelo a sus estudios universitarios, Vicuña Mackenna ya había comenzado a desarrollar su producción escrita. El mismo día en que cumplió 17 años –el 25 de agosto de 1848– inició la redacción de su *Diario*

² La Academia de Leyes y Práctica Forense era un organismo colonial, fundado a finales del siglo XVIII, que pasó a integrar la Universidad de Chile cuando esta última fue creada, en 1842.

íntimo, obra que Pedro Pablo Figueroa calificaría medio siglo después como «la página primera de su inmensa labor literaria, cuyo capítulo final alcanza a ciento cincuenta volúmenes» (1903, p. 121). Luego continuaría publicando pequeños bosquejos históricos, que con los años ampliaría a extensos libros sobre materias tan diversas como historia, agronomía y derecho, entre otras.

Como si esto fuera poco, a partir de 1849 el estudiante de Leyes entró de lleno en la vida política, colaborando en una comisión electoral para la provincia de Aconcagua a cargo de la Junta Liberal, organizada por José Victorino Lastarria. Desde las butacas del Congreso Nacional, el joven Vicuña Mackenna fue testigo de un acontecimiento que marcaría la historia política nacional. Los liberales, que para entonces contaban con pocos diputados, obtuvieron el inesperado apoyo del exjefe de gabinete del presidente Bulnes, Manuel Camilo Vial, quien al arrastrar consigo a sus adherentes propició la constitución de una inédita mayoría opositora en la Cámara; «esta ‘fronda liberal’, como la calificara Alberto Edwards, significó, en los hechos, el nacimiento en 1849 de un *Partido Liberal*, distinto del de los pipiolos de los años veinte» (Grez, 1997, p. 312). En consecuencia, Vicuña Mackenna comenzó su actuar político en plena época de transformaciones en la cultura política chilena (fig. 2).

En ese escenario, a fines de octubre de 1849 se creó el Club de la Reforma, antecedente directo de la Sociedad de la Igualdad que se formaría al año siguiente. La asociación tenía como objetivo una reforma de la estructura estatal y, en específico, «propagar por la palabra y la prensa las ideas democráticas» (Grez, 1997, p. 313), en lo que podía interpretarse como una crítica implícita al gobierno del general Bulnes. La agrupación contó con activos militantes, como Santiago Arcos, quien había residido en París hasta 1847 y venía imbuido del discurso revolucionario que se extendió

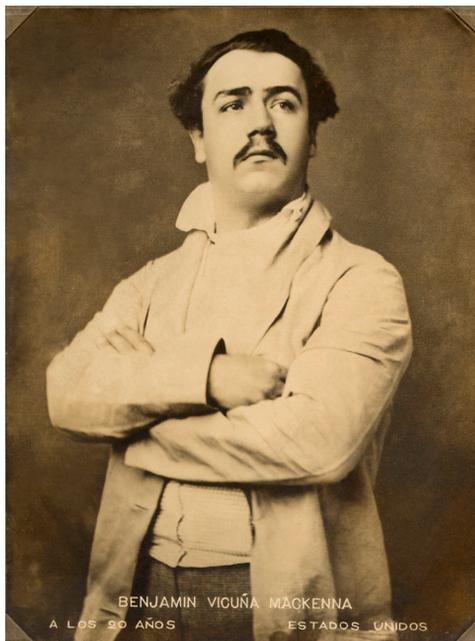


Figura 2. Vicuña Mackenna a los 20 años. Fotografía de Félix Leblanc, 1851. Museo Benjamín Vicuña Mackenna, n° inv. 9-237.

por Europa el año siguiente. Junto al joven Manuel Recabarren, Vicuña Mackenna asumió el cargo de secretario de la organización, cuya existencia, sin embargo, no pasó de un par de meses.

Vicuña Mackenna en la escena pública: la Sociedad de la Igualdad (1850-1851)

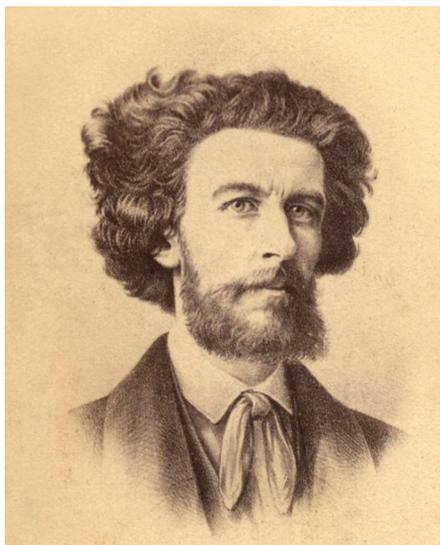


Figura 3. Francisco Bilbao. Reproducción de litografía de H. Meyer, 1856. Biblioteca Nacional de Chile, n° sist. 789682.

Con todo, la experiencia impactaría al joven activista—especialmente considerando el contexto autoritario que se vivía—y encontraría nuevos alicientes con el arribo al país de personalidades como Francisco Bilbao (fig. 3), quien en febrero de 1850 retornó del exilio voluntario que había emprendido tras el escándalo provocado por su libro *Sociabilidad chilena* (1844). Durante su permanencia en Francia, el escritor y filósofo había frecuentado los círculos liberales y sido testigo de la revolución de 1848, que hizo caer al rey Luis Felipe (Grez, 1997). De regreso en Chile, no pasarían más que unas pocas semanas antes de que, por iniciativa de Santiago Arcos, ambos se reunieran con José

Zapiola (fig. 4), el poeta Eusebio Lillo y los artesanos Ambrosio Larrecheda (sombbrero) y Cecilio Cerda (sastre). En ese encuentro, los seis convocados decidieron fundar una organización que bautizaron como «Sociedad de la Igualdad» (Zapiola, 1851; Grez, 1997).

Para la segunda reunión, el número de asistentes había subido a nueve y desde entonces no dejó de crecer (Zapiola, 1851). Los igualitarios provenían de la intelectualidad—incluyendo algunos de sectores medios, como el propio Arcos—y del artesanado. Según los Estatutos de la Sociedad, debían reunirse en grupos de no más de 24 personas, a fin de precaver la infiltración policial. Aunque esta norma fue modificada posteriormente, reflejaba la dinámica de agrupación por barrios que caracterizó a la organización, la cual, de paso, establecía una completa igualdad de derechos y deberes para todos los grupos.



Figura 4. José Zapiola, c. 1850. Biblioteca Nacional de Chile, n° sist. 789497.

El joven Benjamín, de solo 19 años, militó desde temprano en el N° 6, del cual fue nombrado secretario el 18 de junio de 1850 (Vicuña Mackenna, 1878a).

La Sociedad eligió una Junta Directiva (donde estaban, entre otros, Arcos y Bilbao) y creó el periódico *El Amigo del Pueblo*, dirigido por Eusebio Lillo, cuyo primer número salió a las calles el 1 de abril de 1850 (Vicuña Mackenna, 1878a, p. 70). Asimismo, organizó clases y conferencias nocturnas para artesanos y obreros, a quienes buscaba educar en diversos oficios y saberes: música, sastretería, aritmética, entre otros. Según Vicuña Mackenna, fue «la primera asociación política o puramente intelectual que introdujo en Chile el útil sistema de las conferencias populares» (Vicuña Mackenna, 1878a, p. 84).

A los miembros se les exigía «reconocer la independencia de la razón como autoridad de autoridades; profesar el principio de la soberanía del pueblo como base de toda política, y el deber y el amor de la fraternidad universal como vida moral» (Zapiola, 1851, pp. 11 y 12). Vicuña Mackenna comentaría décadas más tarde que estas dos últimas propuestas

no ofrecían seria dificultad, por cuanto envolvían la enunciación de principios más o menos vagos y puramente morales de la sociedad humana. Pero el reconocimiento explícito y previo de la razón, la antigua diosa de Hebert, como supremo dogma, era la más audaz provocación que hasta aquel día se hubiese hecho al compacto, aferrado y receloso catolicismo del país y a los preceptos mismos de la Constitución que creaban una religión única y oficial. (Vicuña Mackenna, 1878a, pp. 68 y 69)

A poco andar, sin embargo, la tensión subyacente al programa de la Sociedad se volvió palpable: por una parte, expresaba los auténticos anhelos de organización mesocrática y popular que albergaba el artesanado y la intelectualidad más joven; por otra, comenzó a ser visto por los políticos

liberales de la época como una continuación del Club de la Reforma, es decir, como un instrumento para la lucha partidaria. El propio Vicuña Mackenna reflexionaría, años más tarde, que

El culto de la razón era solo la vistosa portada escrita por la mano del apóstol en el código igualitario; pero en sus entrañas palpitaba una sola aspiración, el combate actual, personal i político contra el bando conservador. La razón era el disfraz, la candidatura Montt el verdadero i único objetivo. (Vicuña Mackenna, 1878a, p. 72)

En cuestión de meses, la contradicción se resolvió en favor de esta última vertiente. La Sociedad sumó a algunos congresistas, e incluso dos señeros políticos, Manuel Guerrero y Francisco Prado Aldunate, fueron elegidos miembros de la Junta Directiva. A partir de julio de 1850, se incorporaron a sus filas cada vez más liberales que habían participado o simpatizado con el extinto Club de la Reforma, como el abogado y hombre público José Victorino Lastarria (Grez, 1997). El número de igualitarios creció hasta alcanzar el centenar de personas, muchas de las cuales tenían una reiterada y bulliciosa presencia en la denominada «barra» (tribunas) del Congreso Nacional. Entre ellas se encontraba Vicuña Mackenna, más otros jóvenes liberales y algunos pocos artesanos.

La apropiación de la Sociedad de la Igualdad por parte del Partido Progresista o Liberal, así como la difusión de ideas opositoras al candidato Montt a través de *El Amigo del Pueblo* y de su continuador a partir de junio, el periódico *La Barra*, avivaron el recelo de los conservadores. Por su parte, la prensa oficialista se ensañó con los igualitarios, acusándolos de efectuar sesiones secretas y de propagar doctrinas contrarias al orden social.

A partir de ahí, la secuencia de los acontecimientos fue rápida. Bilbao y Arcos fueron alejados de la Junta Directiva de la Sociedad, demostrando el peso que en ella habían adquirido los políticos liberales de viejo cuño. El Gobierno, por su parte, intensificó el espionaje policial de las sesiones igualitarias y las acciones represivas en contra de sus participantes. *La Barra* expresó en septiembre de 1850:

Santiago está en estos momentos bajo el imperio de la violencia i del terror. El Gobierno hace aprestos militares, envía jefes i soldados a la provincia de Aconcagua, acuartela a los guardias nacionales i se prepara para un combate sangriento. Este aparato de guerra, este armamento improvisado, esta alarma repentina, tiene por objeto hallar una ocasión de lanzar sobre los ciudadanos indefensos el sable mercenario. («El terror i la tiranía», *La Barra*, 14 de septiembre de 1850, p. 1).

Dos días después, el mismo medio reclamaba por la prisión de Pedro Félix Vicuña, en un artículo en el que seguramente su hijo tuvo importante participación³. En medio de este clima de confrontación, el 28 de octubre de 1850 la Sociedad de la Igualdad celebró su décima y última reunión, congregando a dos mil enfervorizados socios. Según recuerda José Zapiola, «desde muy temprano los agentes del Gobierno recorrían las calles esparciendo la voz de que en la tarde debía estallar una revolución encabezada por la Sociedad de la Igualdad» (Zapiola, 1851, p. 43). Durante el encuentro se leyó y aprobó una moción de reclamo, que seguramente representó a cabalidad el pensamiento del propio Vicuña Mackenna, quien esa tarde ofició de secretario:

La Sociedad de la Igualdad rechaza la candidatura Montt, porque representa los estados de sitio, las deportaciones, los destierros, los tribunales militares, la corrupción judicial, el asesinato del pueblo, el tormento en los procedimientos de la justicia criminal, la ley de imprenta, la usura, la represión en todas las cosas a que puede extenderse con perjuicio de los intereses nacionales i especialmente con respecto al derecho de asociación. (Zapiola, 1851, p. 49; *La Barra*, 18 de diciembre de 1850, p. 4)

La masiva reunión de la Sociedad de la Igualdad finalizó en calma. Con todo, mientras esto ocurría en la capital, en provincias se habían constituido otras agrupaciones liberales, también denominadas «Sociedad de la Igualdad», vinculadas en lo ideológico con la santiaguina, pero completamente independientes en su actuar. Una semana después del cónclave capitalino, el 5 de noviembre, la Guardia Cívica de San Felipe⁴, alentada por los igualitarios locales, se amotinó en Aconcagua, «lo que sirvió de pretexto al Gobierno para decretar el 7 de noviembre el estado de sitio en las provincias de Aconcagua y Santiago» (Grez, 1997, p. 343). Ya desde finales de octubre, el Gobierno había prohibido los desfiles de los igualitarios por las calles capitalinas, cerceñando progresivamente el derecho a reunión. Luego del motín en San Felipe, suprimió además el derecho de asociación, lo que significó la disolución de la Sociedad de la Igualdad y de cualquier organización parecida a ella. Decenas

³ Los artículos, notas y editoriales de *La Barra* aparecían –al menos hasta diciembre de 1850– en general sin autoría, seguramente para prevenir represalias a los redactores. No obstante, contaba con importantes secciones dedicadas a la historia de Chile, donde es casi seguro que intervenía Vicuña Mackenna. Galdames (1932, p. 46) lo califica como «colaborador de la redacción».

⁴ La Guardia Cívica, oficialmente denominada «Guardia Nacional», era un cuerpo de defensa civil con entrenamiento militar. Estaba compuesto en su mayoría por sectores populares y artesanos, aunque sus comandantes solían pertenecer a las clases altas.

de igualitarios fueron detenidos y exiliados: Bilbao huyó por el tejado de su casa y pasó a la clandestinidad, Arcos fue desterrado a California. Vicuña Mackenna contempló desolado los encarcelamientos. Luego de siete meses, la existencia de la Sociedad de la Igualdad llegaba a su fin.

Los igualitarios no esbozaron la más mínima resistencia, con la excepción de un plan diseñado por José Miguel Carrera Fontecilla (hijo del prócer independentista), José Antonio Alemparte y el mismo Vicuña Mackenna, entre otros. En palabras de este último,

El plan interno de la ciudad era hacer maniobrar a todas las partidas que teníamos disponibles, para dar un asalto a la Artillería, que contiene, según dicen, 11 mil fusiles y 180 mil tiros, armar con ellos al pueblo, reunirlo tocando a rebato en los campanarios, y a generala [convocatoria a la Guardia Nacional] en los cuarteles, disparar cañonazos a fin de conmover toda la población, y esperar al enemigo en la Alameda, donde las acequias y los árboles impedirían maniobrar a los granaderos. (Vicuña Mackenna, 1911, p. 184)

Nada de eso, sin embargo, llegó a concretarse, tanto por errores de los propios igualitarios como por la rápida reacción militar del Gobierno.

A fin de cuentas –y dada la disolución de los igualitarios–, el efecto de la revuelta aconcaquina del 5 de noviembre fue contradictorio: «desde ese día», recuerda Vicuña Mackenna, «la candidatura Montt comenzó a llamarse la ‘candidatura del orden’» (Vicuña Mackenna, 1878b, p. 407). Por otra parte, los nexos entre los liberales y las clases populares se debilitaron con el estado de sitio, por lo que, pese a la existencia de redes conspirativas, «apenas un puñado de artesanos igualitarios se integró a ellas entre noviembre de 1850 y la *jornada* del 20 de abril de 1851» (Grez, 1997, p. 347).

Como ha destacado Sergio Grez, «la oposición acariciaba el mito de una sublevación en la que se entremezclaban el *putsch* y la jornada revolucionaria ‘a la parisina’» (Grez, 1997, p. 347). Buena parte de las inspiraciones ideológicas de los igualitarios –en especial, de Santiago Arcos y Francisco Bilbao– provenían de las lecciones de la revolución de 1848 en Europa, particularmente en Francia. Pero el principal referente de esta generación de liberales, era la revolución de 1789 (Gazmuri, 1997), al punto de que Vicuña Mackenna, declarado admirador de los galos, relataría después que las reuniones liberales vespertinas, «por analogías revolucionarias, denominábanla sus aliados, que tenían todos más o menos ‘nombres de guerra’ sacados del vocabulario de la revolución francesa de 1789, el Club Le Pelletier» (Vicuña Mackenna, 1878a, p. 385).

En diciembre de 1850, levantado el estado de excepción, Vicuña Mackenna y su joven correligionario Domingo Santa María se dedicaron a visitar trabajadores, convencidos de que una alianza entre los liberales y el mundo popular era la única forma de construir una fuerza capaz de enfrentar a las autoridades. Según anotó el 20 de diciembre en su *Diario*:

Trabajé incesantemente en preparar el ánimo del pueblo, visitando a los artesanos en sus talleres, y hablándoles sobre la necesidad de reaccionar contra el triste estado de opresión en que nos hallamos, y de las esperanzas que teníamos de que lucieran días mejores. Para hacer más eficaz mi tarea me eché a los bolsillos, no dinero, que degrada al obrero honrado y patriota, sino cien números de *La Barra*, que iba dejando en cada cuarto. Al salir les recomendaba que si oían algún día el toque de generala se encerrasen en sus casas y no acudiesen a sus cuarteles. (Vicuña Mackenna, 1911, p. 462)

Estas anotaciones revelan que Vicuña Mackenna planteaba la política como un campo en disputa, donde la persuasión y el valor de la libertad de prensa resultaban cruciales para construir ciudadanos «honrados y patriotas», sin distingo de su extracción social. Por ese entonces, *La Barra* había vuelto a circular, ahora bajo la dirección del joven estudiante. Un apunte suyo del 16 de diciembre da cuenta de la dinámica de su conducción del periódico: «ocupé en la mañana arreglar la publicación de *La Barra*. Conseguí con Rafael Vial escribiera un buen artículo, y otro Manuel Bilbao. Lo demás lo llené yo. Con esto conseguimos hacer la salida a las 6 de la tarde» (Vicuña Mackenna, 1911, p. 461). El medio, no obstante, volvería a ser censurado el 23 de diciembre, iniciando un período de circulación intermitente.

El inagotable Benjamín (fig. 5) seguía visitando talleres para estar en contacto con los artesanos: el 23 de diciembre anotó en su *Diario* que «en la noche estuve hasta las diez en un grupo que se reunió por primera vez en la calle de San Diego, como



Figura 5. Benjamín Vicuña Mackenna a los 21 años. Autor desconocido, c. 1852. Museo Benjamín Vicuña Mackenna, n° inv. 9-354.

8 o 10 cuadras al sur de la Alameda; les hablé con energía, y he resuelto constituirme jefe de este grupo» (Vicuña Mackenna, 1911, p. 463)⁵. Paralelamente, se reunía en secreto con otros liberales y mantenía la comunicación con los opositores de Valparaíso, con quienes se tramaba una revuelta que involucraría nada menos que a militares del Batallón Valdivia, asentado en Aconcagua (Vicuña Mackenna, 1911).

En ese panorama, *La Barra* apoyó la renuncia de Ramón Errázuriz a la candidatura presidencial, apuntalando desde entonces la del general José María de la Cruz, levantada por 104 vecinos de Concepción en febrero de 1851. Para el medio opositor, la prolongación de los mandatos conservadores –en particular, la negación de la libertad de sufragio– significaba la mantención de inequidades y violencias:

¿Quién dictó la Lei de Imprenta vijente? Montt. ¿Quién trabajó por la existencia de los mayorazgos? Montt i su círculo. ¿Quién ha quitado a las Municipalidades la administración de sus fondos? Montt. ¿Quién ha mandado apalear al pueblo indefenso en la plaza pública el 13 de Setiembre de 1845? Montt. ¿Quién mandó a hacer fuego al pueblo de Valparaíso el 25 de Marzo de 1846? Montt. Acordaos, ciudadanos que allí murieron veinte i tantos artesanos i tantos fueron heridos. (*La Barra*, 12 de marzo de 1851, p. 1)

Pero la candidatura de Montt no fue el único blanco de las críticas de *La Barra*. A través de sus páginas, Vicuña Mackenna fustigó el propio armazón de la república, como lo era la Constitución de 1833:

Con esta constitución persiguieron, proscribieron, degollaron, emprendieron guerras contra repúblicas hermanas; usurparon, desheredaron, corrompieron, botaron millones, dejeneraron la juventud i amedrentaron a un pueblo valiente i abnegado. ¿20 años de paz!” (*La Barra*, 22 de marzo de 1851, p. 1)

La agitación política fue en aumento, llegando a su punto máximo con la entrada en escena del coronel Pedro Alcántara Urriola, a cargo del Batallón Valdivia. Urriola había sido un destacado soldado de la guerra de Independencia y era un convencido liberal, por lo que apoyaba la candidatura del general de la Cruz y, a través de conversaciones secretas, urdió con los líderes opositores –Carrera Fontecilla, Alemparte y Rafael Vial– un plan para generar una insurrección en Valparaíso y Santiago (Vicuña Mackenna, 1911). Las

⁵ Dada la conformación de Santiago en 1850, el sector aludido corresponde a los alrededores de la Alameda de los Monos (hoy avenida Matta), entonces el arrabal sur de la capital.

autoridades, en tanto, habían ordenado la persecución de antiguos igualitarios y de opositores en general, e intensificado de forma evidente la intervención electoral, mediante la malversación de papeletas y poderes (Vicuña Mackenna, 1911). No es de extrañar, entonces, que por esos días *La Barra* circulara por última vez: el 10 de abril, la publicación fue cerrada por orden de la justicia, y su editor, Manuel Bilbao, condenado a un año y medio de prisión.

El motín de Urriola: la primera asonada contra el orden conservador

Según Vicuña Mackenna, fueron once las personas que participaron en la planificación del movimiento militar del 20 de abril de 1851 denominado «motín de Urriola». Junto al coronel estaban los referentes civiles de la oposición: Pedro Ugarte, José Miguel Carrera Fontecilla, Domingo Santa María, Joaquín Lazo, Manuel Recabarren, Francisco Bilbao, Luis Ovalle, Pedro Félix Mackenna, Vicente Larraín Aguirre y Benjamín Vicuña Mackenna –todos de la clase alta–. Solo ellos sabían de la asonada, a fin de evitar cualquier filtración que pudiera poner en riesgo la operación. Para Benjamín, esta era una insurrección larvada hacía meses:

El 20 de abril fue en verdad, solo el sangriento encuentro de dos adversarios que se acechaban noche i día i que desde hacía seis meses dormían con sus pistolas bajo las almohadas. Por esto uno i otro se batieron a muerte i sin padrinos. (Vicuña Mackenna, 1878b, p. 408)

La convocatoria y el poder de fuego de los sublevados, no obstante, eran escasos. Relata Vicuña Mackenna que a los once conocedores del plan se sumaron al día siguiente unos pocos artesanos, conformando dos grupos: uno de seis a ocho personas, parapetado en los altos de una casa que miraba hacia la «plaza del Congreso»; el otro, «en uno de los aposentos desocupados del portal de Sierra Bella», es decir, del actual portal Fernández Concha, en el costado sur de la plaza de Armas (Vicuña Mackenna, 1878a, p. 484). Este núcleo era aún más pequeño, pues estaba compuesto solo por «Francisco Bilbao, Manuel Recabarren, del sarjento Larrecheda i dos o tres individuos más que se ocuparon toda la noche en armar unos pequeños fusiles» (Vicuña Mackenna, 1878a, p. 485).

Otros cabecillas de la asonada, como Carrera, el propio Vicuña Mackenna y Domingo Santa María, se habían instalado desde la madrugada en diversos

puntos de la ciudad a la espera del ingreso de las tropas del coronel Urriola. Bajo una perspectiva actual, la escala de las acciones a acometer era reducida: la capital era un asentamiento que no sobrepasaba las cien mil personas, con una mayoría de edificaciones de un solo piso y una extensión limitada al centro fundacional, la Alameda de los Monos y La Chimba. De hecho, Vicuña Mackenna, quizás demasiado lapidario, expresaría después que «en abril de 1851 Santiago no era una ciudad: era un campamento» (Vicuña Mackenna, 1878a, p. 474).

Vicuña Mackenna y Carrera Fontecilla esperaron el ingreso del batallón Valdivia refugiados en una casa céntrica. Mientras Carrera dormía profundamente, el joven estudiante de leyes leía «con intensa emoción las páginas de los jirondinos, que Lamartine consagra a la muerte de aquellos ilustres» (Vicuña Mackenna, 1862, I, p. 94), detalle que revela su profundo conocimiento de la Revolución francesa y la inspiración que esta entregaba a sus ideas.

Finalmente, la entrada de Urriola y sus hombres se concretó a las tres de la mañana, por el costado oriente de la plaza de Armas. Benjamín concurrió enseguida a su encuentro y, tras ser nombrado emisario del jefe castrense, le correspondió pasar a «golpear a las ventanas de Lastarria, de los Vial, de los Larraín i de Pedro Ugarte, conforme a una señal convenida» (Vicuña Mackenna, 1878a, p. 524). Poco después debió partir «a galope por las calles de la Nevería, Santo Domingo i San Antonio, atravesando el río [Mapocho] que venía bastante crecido junto al puente de palo» (Vicuña Mackenna, 1878a, p. 524), para traer lo antes posible desde Recoleta al Batallón Chacabuco, inexplicablemente demorado pese a que su participación había sido comprometida de antemano. Al ingresar al cuartel, sin embargo, el comandante —que estaba al tanto del motín— lo arrestó.

Mientras tanto, el batallón de Urriola y otra cuadrilla más pequeña a cargo de Francisco Bilbao, parapetada en el lado sur de la plaza de Armas, esperaban refuerzos para asentar allí una verdadera fortificación de la insurgencia. Pero las turbas de igualitarios que se habían previsto nunca aparecieron. Vicuña Mackenna, testigo directo de los hechos antes de su detención, relató al respecto que

el mayor número de los hombres de posibles, que vagaban aquella memorable mañana por la plaza i la Alameda, asemejábase a los aficionados al circo antiguo que iban solo a ver lidiar i morir los gladiadores, o los toros... [...] Las ocho esquinas de la plaza estaban atestadas de curiosos i de paseantes, especialmente de sirvientes domésticos que iban al recaudo del abasto. (Vicuña Mackenna, 1878a, pp. 518 y 519)

Y lo que era aún peor –acusaba– «los corifeos santiaguinos del Partido Liberal, que tanto habían clamado por las armas, desaparecieron con el lucero del alba» (Vicuña Mackenna, 1878a, p. 536).

Desde entonces, los acontecimientos se precipitaron: el Valdivia se dirigió a la Alameda, con el objetivo de hacerse con las municiones almacenadas en el cuartel de Artillería (actual plaza Benjamín Vicuña Mackenna). Por el camino se fue sumando gente, hasta conformar una columna de unos quinientos hombres, y ante «muchos millares de curiosos, especialmente populacho, [que] inundaban la Alameda» (Vicuña Mackenna, 1878a, p. 563), los revolucionarios, encabezados por Francisco Bilbao, instalaron una barricada «a la francesa» en calle de las Claras (hoy Mac Iver) (fig. 6).

El choque entre los más de mil individuos que conformaban las fuerzas de Gobierno –ubicadas en el Palacio de la Moneda– y los cerca de doscientos hombres que defendían la Artillería tuvo un resultado previsible: los sublevados, ya sin municiones, fueron derrotados y duramente reprimidos. Urriola falleció de un balazo y la mayoría de los que salvaron sus vidas fueron tomados prisioneros. A las diez de la mañana, el motín de Urriola había sido sofocado.



Figura 6. Maqueta de la barricada levantada por los igualitarios el 20 de abril de 1851 en la calle de las Claras. Museo Benjamín Vicuña Mackenna, s/n.

Pocas horas antes, el presidente Bulnes había decretado el estado de sitio en Santiago y Valparaíso; solo unos pocos rebeldes, como Francisco Bilbao, consiguieron huir. El Batallón Valdivia fue disuelto e incorporado al Regimiento Buin. Las casas de los inculpatos fueron allanadas y violentadas. Al igual que una treintena de participantes del alzamiento, Vicuña Mackenna fue condenado a muerte por la justicia militar el 17 de julio de 1851. La sentencia definitiva de la Corte Marcial, redactada el 10 de octubre del mismo año, confirmó la pena máxima (Vicuña Mackenna, 1878a).

La guerra civil de 1851: Vicuña Mackenna entre la insurrección y la administración

Fiel al espíritu revolucionario a cuyo alero había crecido —y antes de que dicha condena se dictara siquiera—, Vicuña Mackenna logró escapar vestido «con disfraz de mujer de la prisión» (Galdames, 1932, p. 69) ubicada en el cuartel del Batallón Chacabuco y huir con rumbo al norte, junto al también prófugo José Miguel Carrera Fontecilla y a Ricardo Ruiz. Poco antes —el 25 de junio—, tal como era de esperar, Manuel Montt había resultado vencedor en las elecciones presidenciales, pero ni siquiera el fuerte intervencionismo electoral que había ejercido el Gobierno evitó que en la provincia de Coquimbo triunfara la oposición liberal. Esta se había organizado en torno a dos agrupaciones de alcance local: la Sociedad Patriótica, de raigambre patricia, y la Sociedad de la Igualdad, compuesta por artesanos y sectores populares. Tras conocer los resultados de las elecciones, el presidente Bulnes ordenó disolver esta última; aun así, la Sociedad de la Igualdad continuó funcionando, constituyéndose en un activo centro liberal en el territorio (Grez, 1997).

Luego del aplastamiento total que habían sufrido las fuerzas opositoras en los motines de San Felipe (en noviembre de 1850) y de Santiago (abril de 1851) (Grez, 1997), la zona norte aparecía como terreno fértil para acometer un nuevo intento subversivo. Los tres prófugos se asentaron en La Serena, «de acuerdo con los conjurados que en Santiago tenían ya resuelta la revolución armada», que esta vez empezaría «por sacudir a las provincias» (Galdames, 1932, p. 69). Carrera estaría a cargo de las fuerzas de Coquimbo y Serena, mientras que el joven Benjamín lo secundaría, haciendo de capitán ayudante y secretario (Galdames, 1932).

El arribo de los amotinados alentó a los liberales locales y, en un síntoma inequívoco del arrastre de la causa opositora, los soldados enviados por Santiago fueron desertando y pasándose al bando contrario. El 7 de septiembre

de 1851, pocos días después de la proclamación oficial del triunfo de Manuel Montt, se desató finalmente la rebelión en La Serena: fue el inicio de una guerra civil que no tardaría en expandirse a otras provincias nacionales. Se trató de «una rebelión esencialmente popular», donde la principal contradicción de los sublevados, agrupados en un frente único opositor, estaba en «dos concepciones opuestas sobre la conducción de la guerra civil: ‘guerra popular’ o ejército profesional» (Grez, 1997, p. 359).

Según Vicuña Mackenna, fue grande el regocijo que sentía el pueblo serense frente a la rebelión, lo que se vio reflejado al día siguiente: «A las diez de la mañana abrieron, en efecto, al pueblo i a las autoridades las puertas de las vastas salas del Cabildo i más de trescientos ciudadanos de todas jerarquías de la población se agruparon en su recinto» (Vicuña Mackenna, 1862, I, p. 90). Carrera Fontecilla, que había sido proclamado intendente provisional, ingresó al salón entre el alborozo de la multitud. El joven Benjamín redactó «parte de la correspondencia, las proclamas i el manifiesto público que debía dar el Intendente de Coquimbo a la nación» (Vicuña Mackenna, 1862, I, p. 121).

Sin embargo, la falta de líderes militares para dirigir la ocupación de la provincia de Coquimbo y la urgencia de extender la revuelta hasta Aconcagua por el sur y Copiapó por el norte, determinaron que el nuevo jefe provincial ordenara a su joven ayudante partir de La Serena ese mismo 8 de septiembre. Su misión consistiría en marchar «en campaña hacia el sur, para incorporar a la nueva causa los departamentos de Ovalle, Combarbalá e Illapel y ponerse en contacto con los opositores al gobierno en la provincia limítrofe [...]. El capitán ayudante sería ahora teniente coronel graduado; amo y señor de media provincia...» (Galdames, 1932, p. 70).

En efecto, la responsabilidad de Vicuña Mackenna sería asentar el dominio de todos esos departamentos⁶, para lo cual contó con una comitiva de 13 soldados a caballo y «un pliego de instrucciones en que se le daban facultades omnímodas» (Vicuña Mackenna, 1862, I, p. 121). Así llegó a la villa de Ovalle, donde la columna revolucionaria fue «engrosada extraordinariamente por cerca de 50 vecinos que habían salido a su encuentro i por una inmensa muchedumbre que venía victoreando a Coquimbo i al general Cruz. Todo el pueblo estaba en la calle i se dejaba arrebatar» (Vicuña Mackenna, 1862, I, p. 123).

A partir del día siguiente, 9 de septiembre, organizó una división de cien hombres, entre infantes y caballería. Con ellos ingresó tres días después a

⁶ En aquel tiempo las provincias estaban divididas en departamentos.

Combarbalá, una pequeña villa de origen minero donde, a diferencia de lo ocurrido en Ovalle, recibieron una fría bienvenida: «los callejones que dan acceso al pueblo estaban solitarios, la plaza desierta, los caseríos cerrados. Muchos habitantes se habían dado a la fuga» (Vicuña Mackenna, 1862, I, p. 128 y 129), probablemente para evadir levas. Pese a ello, Combarbalá fue dominada por la columna. Luego avanzaron al pueblo de Illapel, donde recibieron «de sus entusiasmados habitantes la ovación de un verdadero triunfo» (Vicuña Mackenna, 1862, I, p. 131). En esta localidad,

El entusiasmo de la muchedumbre desbordaba con más exaltación que nuestra entrada a Ovalle, porque sabedores los habitantes de nuestra aproximación, desde la tarde anterior en que habíamos estado acampados a dos leguas del pueblo, tuvieron tiempo de prepararse para aquella tumultosa acogida. La banda de música del batallón cívico, que tenía una maestría notable, había tomado sus instrumentos i ejecutaba desde la madrugada himnos entusiastas al pie de la colina [...] el pueblo se agrupaba en la senda en una masa tan compacta que era casi imposible abrirse paso. (Vicuña Mackenna, 1862, I, p. 132)

Recayó sobre Vicuña Mackenna el puesto de gobernador y jefe del batallón cívico: reunió el mayor número de tropas, pertrechos y armamento posible, envió soldados a controlar los caminos y, en fin, se convirtió, según sus propias palabras, en una «especie de Dictador departamental» (Vicuña Mackenna, 1862, I, p. 135). En su calidad de máxima autoridad, participó incluso en el *Tè Deum* del 18 de septiembre. Así y todo, los problemas llegarían pronto: desde San Felipe venía el gobernador de Combarbalá con 250 hombres –entre ellos, numerosos y experimentados granaderos–, mientras que los opositores solo contaban con 200 combatientes regulares, más otro tanto sin experiencia alguna⁷. Sin pólvora para los fusiles, sin disciplina ni estrategia clara, la suerte estaba echada para las tropas rebeldes, que –pese a los esfuerzos– cayeron derrotadas el 24 de septiembre en la localidad de la Aguada.

A diferencia de lo ocurrido en abril, cuando fue detenido en el motín de Urriola, Vicuña Mackenna logró escapar y llegar, luego de tres días y numerosas aventuras, a Ovalle. Dos días después lo hizo también su hermano. Allí seguía funcionando el cuartel general de los liberales y fue donde recibieron jubilosos, el 28 de septiembre, la noticia de la insurrección del general José María de la Cruz en Concepción. Uno de los líderes del movimiento penquista era nada menos que Pedro Félix Vicuña, padre de Benjamín, lo que

⁷ Vicuña Mackenna precisa que «la división constaba en su totalidad de 322 hombres de los que 150 eran fusileros i 172 jinetes» (Vicuña Mackenna, 1862, I, p. 154).

demuestra el amplio despliegue de la familia por el norte y sur del país para combatir el conservadurismo.

Mientras los cerca de 500 milicianos liberales a cargo de José Miguel Carrera Fontecilla marchaban desde Ovalle hacia Petorca para enfrentar a más de mil soldados del Gobierno, Vicuña Mackenna «no asistió al combate, porque había sido destacado con un ligero escuadrón hacia los pueblos de Aconcagua, para promover su alzamiento» (Galdames, 1932, p. 76). El «improvisado teniente coronel», sin embargo, fracasó en su intento: aislado y rodeado de enemigos, tuvo que huir junto a unos pocos opositores por las faldas de la cordillera de los Andes (Vicuña Mackenna, 1862, I) y llegó a duras penas hasta Valparaíso, donde a fines de 1851 lo albergó su familia.

Tal como ocurrió con Vicuña Mackenna al mando de «los Verdes», los focos revolucionarios organizados a lo largo del país fueron cayendo uno a uno. En octubre, las tropas gubernamentales derrotaron definitivamente a los rebeldes en la villa de Petorca. El 17 de diciembre, La Serena –bastión revolucionario– fue sitiada y tomada por el bando oficialista. La provincia de Atacama, en tanto, resistió hasta el 8 de enero de 1852⁸. La revolución del norte había fracasado. Mientras tanto, en el sur, el general Bulnes –jefe militar designado por el nuevo presidente Montt– aplastó a las fuerzas revolucionarias en la batalla de Loncomilla, el 8 de diciembre de 1851. La revolución del sur también había sido derrotada. A fin de cuentas, se habían hecho sentir los efectos de la mencionada tensión irresoluta entre una estrategia de ‘guerra social’ vinculada a montoneras y guerrillas, y otra de ejército profesional.

En esta adversa coyuntura, las vidas de Benjamín y Pedro Félix nuevamente se encontraban: el padre huyó del sur con rumbo a Valparaíso y se asentó en Quillota, en la hacienda Tabolango, junto a su hijo. Según Vicuña Mackenna,

Éramos un padre y tres hijos, o más bien, éramos cuatro hermanos; y todos habíamos escapado ilesos del deber cumplido y del plomo traicionero, pero no de las venganzas políticas [...]. Podríamos afirmar, con el testimonio de todos los ancianos del lugar, que ni uno solo de aquellos trescientos días (en la hacienda de Tabolango) dejónos vivir en

⁸ Vicuña Mackenna señala que las causas radicarón en que la provincia de Coquimbo estaba tan «destituida de recursos militares, que la guardia nacional de sus departamentos no alcanzaba a 300 hombres i apenas tenía mil fusiles por todo armamento. Sus caballerías, que componen la mayor parte de esta fuerza, son enteramente inadecuadas para la guerra i aun para cualquier servicio militar activo. Compuestas de campesinos pacíficos, dueños la mayor parte del cortijo que cultivan, porque en los valles de Coquimbo es donde la agricultura está verdaderamente subdividida en pequeños lotes de terreno; escasas, por otra parte, de caballos...» (Vicuña Mackenna, 1862, I, p. 104).

paz el encono político de viles denunciantes, de brutales subdelegados, de los comisarios de policía, de los gobernadores, de los intendentes, de los ministros, de toda la jauría... (Vicuña Mackenna, citado por Galdames, 1932, pp. 77-78)

En vista del tenso escenario, su familia decidió enviarlo a estudiar al extranjero. En noviembre de 1852, poco después de abandonar el escondite en la hacienda, Vicuña Mackenna salía de Valparaíso para llegar los primeros días de 1853 a San Francisco, California. Recorriendo diversos países, permanecería fuera de Chile hasta 1855.

El retorno a Chile y una nueva vida... siempre como político liberal (1855-1859)

Los tres años en el extranjero reforzaron su visión de las contradicciones del desarrollo: en Estados Unidos se admiró de la eficacia e ingenio yanquis, pero le molestó el sistema monárquico de Francia y, de Inglaterra, la miseria provocada por la industrialización. En octubre de 1855 regresó a Chile y se estableció en Santiago, donde fue elegido secretario de la Sociedad de Instrucción Primaria y de la Sociedad Nacional de Agricultura —cargo en el cual pondría en práctica los estudios de Agronomía que había cursado durante su paso por Inglaterra, donde se interiorizó de las más modernas técnicas y maquinarias agrícolas—. Poco después, en 1857, presentó su tesis de abogado, basada en un estudio del sistema penitenciario. El joven estudiante, además de historiador y periodista, se había convertido en jurista y agrónomo.

Ya con 26 años de edad, Vicuña Mackenna retomó sus vínculos con los políticos de oposición. Sin ir más lejos, el 24 de diciembre de 1857 publicó *El Liberal*, periódico que propugnó las libertades individuales, el fin de la Constitución de 1833 y la libertad de culto. En un contexto autoritario, *El Liberal* fue prohibido apenas apareció su primer número (Galdames, 1932), que fue también el último. El ambiente era entonces uno de creciente politización: tal como en 1850 y 1851, previamente a las elecciones parlamentarias de marzo y municipales de abril de 1858, los opositores formaron clubes políticos en diversas ciudades, acusando el despotismo de las autoridades, promoviendo la reforma de la Constitución de 1833 y efectuando numerosos «banquetes ‘patrióticos’, a semejanza de los republicanos franceses de 1847 y 1848» (Grez, 1997, p. 404). Las reformas de la ley electoral, de imprenta, de municipios y de régimen interior eran algunos de los principales reclamos de estas organizaciones (Grez, 1997), entre las cuales se contaba

la Sociedad Política de Obreros, fundada a inicios de 1858 en Santiago por artesanos y miembros de la élite. Nada de ello fue suficiente, sin embargo, para contrarrestar el dominio oficialista: el partido de Gobierno ganó ambos comicios, si bien bajo numerosas acusaciones de fraude y cohecho por parte de la oposición. El propio Vicuña Mackenna fue uno de los derrotados en las elecciones legislativas, donde competía por una diputación en La Liga.

Como en tantas otras oportunidades, Benjamín retomó su papel de periodista y publicó el punzantemente titulado periódico *La Asamblea Constituyente* (fig. 7). En torno suyo «se agrupó un núcleo de escritores de influencia en la opinión: los hermanos Matta, los hermanos Alemparte, Isidoro Errázuriz, Ángel Custodio Gallo y varios más» (Galdames, 1932, p. 179). De todos ellos, Manuel Antonio Matta era sin duda el más destacado: empresario minero, diputado por Atacama desde 1855 y dueño de numerosos capitales en esa zona, se alzó como el líder de la nueva generación de «liberales anticlericales» o «laicos intransigentes y futuros radicales», como los denomina el historiador Cristián Gazmuri (Gazmuri, 1997, p. 122), pues las recurrentes disputas que mantendrían con la Iglesia católica serían el fermento del Partido Radical (1863).

Desde su primer número del 29 de octubre de 1858, *La Asamblea Constituyente* manifestó un discurso tan claro como el de *La Barra* en 1851. Sin rodeos, se planteaba como un «diario político» a favor de las libertades civiles y en contra de la Constitución de 1833. Su función era ser el portavoz de un nuevo club político, el Club de la Unión, y prácticamente todas sus páginas estaban dedicadas a la cosa pública, mediante columnas de opinión y reflexiones de Manuel Antonio Matta, Isidoro Errázuriz y el propio Vicuña Mackenna, entre otros.

Con respecto al polémico nombre del periódico —y en respuesta a la campaña gubernamental en su contra—, Vicuña Mackenna advertía:

La Constituyente, dicen unos, es la disolución de la sociabilidad, es la ruptura violenta de los diques que enfrenan las pasiones populares, es el trastorno de todo lo existente, el ensayo audaz i delirante de todo lo que no existe i está por crearse. Error completo, temor vano, sofistería gastada es todo esto. (*La Asamblea Constituyente*, 8 de noviembre de 1858, p. 23)

Sin embargo, la participación del mundo popular que el periódico propugnaba se iría desvaneciendo, quedando las presiones políticas como un problema exclusivo de la élite dirigente.

LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

PERIODICO POLITICO.

Número 1.º

Viernes 29 de Octubre de 1858.

Precio 10 cts.

La Asamblea Constituyente.

* SANTIAGO, OCTUBRE 29 DE 1858.

El Programa.—La Redaccion.

El programa de este periódico está en su título—*la Asamblea Constituyente*. Todo lo que encierran estas dos palabras, he ahí el tema de los trabajos políticos que vamos a emprender. Este es el programa.

La aparición de esta hoja es eminentemente espontánea. Ne reconoce solidaridad ninguna ni con los partidos militantes, ni siquiera con la inspiración de un círculo, ni aun con el consejo de un amigo. En esta confesión no hai vanidad ni petulancia; es solo la franqueza del deber, i por tanto declaramos que nuestra conciencia i nuestro corazón son nuestros únicos consejeros, i por ahora no contamos sino con esos modestos pero leales auxiliares, que no sabran hacernos traicion. Esta es la redaccion.

En este primer número solo nos ocupamos de la idea abstracta, de la inspiración íntima que en esta vez ha venido a ponernos la pluma en la mano, para contribuir de cualquier manera a la solución de la extraordinaria crisis que día por día hace cundir sobre todo el país una alarma tan universal i tan profunda, que ya toca en el espanto.

En nuestros próximos números entraremos en el terreno del frío razonamiento i analizaremos en detalle la convicción profunda, que ahora solo anunciamos con fe i esperanza, de que la salvación del país, está en la apelación al país mismo i en la convocatoria pacífica de una Asamblea Constituyente.

Por los que a nosotros toca personalmente, séanos permitido una palabra si es que nuestra manera de escribir desde mui atras no la hace escusada.—Esta palabra es la de que jamas descenderemos, por mas provocaciones que se nos hagan, del espíritu i del tono que nuestra dignidad nos prescribe como hombres i como caballeros. Esperamos muchos tiros emponzoñados, pero no

devolveremos ninguno ni recojeremos tampoco los que sin herirnos hayan caido a nuestros pies.

La Asamblea Constituyente.

La tempestad que se alza en medio de los mares a la voz del Eterno se calma, cuando esa voz se apaga en las alturas; i al diseñarse el iris en el cielo, las olas se amanzan i se aduermen tranquilas en su eterno lecho. Nada se ha dislocado, nada se ha perdido, nada ha cambiado de lugar en la eterna unidad de lo creado, porque el soplo con que la divinidad dió vida a la creación inerte, fué la lei de su conservación i de su reposo.

No así en la humanidad.—«Creced, multiplicaos i esparcidos por toda la tierra» dijo al hombre la Divinidad que habia dicho al océano—«Yo te tengo en la cavidad de mi mano», i desde entónces el hombre crece, la humanidad se multiplica, las naciones pueblan el universo. I hace cincuenta siglos a que esa lei se está cumpliendo. Cada día, cada hora, la obra se ejecuta, i el suspiro del niño que ve la primera luz, la resurrección de un pueblo que sacude el letargo de su barbarie, un descubrimiento del jénio individual, el eslabon que ata un día a otro día, un siglo a otro siglo, todo eso forma la gran cadena del destino del hombre, todo eso es la unidad del jénero humano.

La humanidad marcha. Los siglos la atajan, pero a revez del océano que absorbe todos los rios del universo sin dilatar una brazza su inmutable receptáculo, ella los conquista i los coloca a sus piés como la grada indestructible por la que lentamente sube a su destino. La muerte la devora, pero apenas una jeneración sucumbe, otra jeneración se presenta para cumplir el testamento de aquella, i cuando a su turno desaparece, deja ya escrita otra pájina en que las edades vienen a hacer su aprendizaje. Todo es progreso, todo es transformacion, todo es poder i vida en el ser de la humanidad. El Hacedor que creó el orbe en el espacio de seis dias, ha dejado transcurrir cinco mil años para que la humanidad salga de su infancia. Que marche entónces, que se eduque, que se perfeccione, esa es su lei impercedera, su augusto fin!

I esa lei de progreso, esa revolucion eterna i solidaria de la humanidad que hace tres siglos trajo a la América la carabela de Colon, i nos envia

Figura 7. Primer número de *La Asamblea Constituyente*, publicado el 29 de octubre de 1858. Biblioteca Nacional de Chile, n.º sist. 12228.

Pese a ello, *La Asamblea Constituyente* fue el medio a través del cual se convocó, el 11 de diciembre, a una reunión general opositora que se efectuaría al día siguiente y que aspiraba, precisamente, a transformar el orden constitucional. Aun en conocimiento de los rumores de intervención policial, Vicuña Mackenna insistió en la realización del *meeting*, encargándose él mismo de colocar una bandera en la fachada del Hotel Francia de la plaza de Armas como señal de que el encuentro se llevaría a cabo contra viento y marea (Vicuña Mackenna, 1916). El Gobierno, como era de esperarse, actuó rápidamente para impedirlo, encarcelando a sus principales instigadores –entre ellos, el director del periódico– y decretando el estado de sitio.

Desde su reclusión, Vicuña Mackenna comenzó a redactar un *Diario de prisión*, donde registró un hecho que lo conmovió:

Diciembre 14. A las 8 fue el Comandante Chacón a sacarme de mi calabozo y me condujo a otro patio del cuartel de policía designándome, precisamente, el mismo calabozo que hacía siete años había ocupado con José Miguel Carrera después de la revolución del 20 de Abril de 1851. Al instante reconocí mi cuna revolucionaria, con esa emoción mezclada de pena y placer con que el estudiante vuelve a ver, después de una larga vacación, las paredes del aula; La rueda había dado ya una vuelta completa y me encontraba de nuevo en mi punto de partida. (Vicuña Mackenna, 1916, p. 20)

Como se desprende de sus palabras, para Vicuña Mackenna la tarea revolucionaria había sido un extenso aprendizaje, donde éxitos y derrotas habían marcado su carácter y le habían entregado cierta templanza para soportar estas últimas. Al día siguiente, 15 de diciembre, se le permitió recibir visitas y el 17 fue trasladado a la cárcel pública, donde estaban confinados, entre otros, los hermanos Matta. Poco después comparecían ante el jurado, pero Vicuña Mackenna no recurrió a abogado: se defendió él mismo. Mientras esperaba la deliberación, describía así un día tras las rejas:

Nuestra vida no es desagradable y casi no tengo un solo momento de fastidio, aunque sí algunos de tristeza, pero breves. Me levanto a las 8 y luego almuerzo con Guillermo y S. Ortúzar, charlando hasta las 12. Después paseo por toda la cárcel, hablo con las visitas en la puerta, oigo las consultas de los presos, recibo los numerosos regalos de la familia y amigos, y de cualquiera manera se entera el tiempo hasta la hora de comer. Después vemos a los amigos que vienen a la reja, nos paseamos, y desde la oración tenemos tertulia en el cuarto de Ortúzar hasta las 10 de la noche, en que nos vamos a nuestros calabozos. Yo siempre les cuento algo de mis viejas aventuras, que entretienen la velada. (Vicuña Mackenna, 1916, pp. 32 y 33)

La monotonía de la vida en reclusión se interrumpió el 9 de enero de 1859, cuando llegó la noticia del alzamiento en Copiapó. Con las libertades de movimiento y asociación restringidas, la rebelión debía efectuarse fuera de Santiago. De manera sincronizada, se inició un levantamiento que tuvo diferentes expresiones según la provincia: en el Norte Chico –la única zona donde los opositores formaron un ejército regular gracias a la riqueza de propietarios mineros como las familias Matta y Gallo–, se dio una guerra móvil de posiciones; en Valparaíso, San Felipe y Talca, los rebeldes se enfrentaron a las tropas oficialistas mediante guerrillas; mientras que, en la zona sur, las guerrillas rurales fueron la principal forma de insurrección (Grez, 1997).

Una vez conocido el alzamiento por el Gobierno, Vicuña Mackenna y los demás opositores detenidos fueron incomunicados. En vista de ello, el abogado se dedicó a escribir su *Historia del sitio de La Serena*, episodio de la guerra civil de 1851 en el que –como vimos– le cupo una relevante participación. «Son 700 páginas escritas en unos 40 días» (Vicuña Mackenna, 1916, pp. 42 y 43), señalaba con indisimulado orgullo, refiriéndose al manuscrito que era tanto una vindicación de aquel movimiento como un respaldo a la insurrección recién iniciada. A continuación, comenzó la redacción de una biografía de Diego de Almagro, que concluyó en apenas diez días.

Entretanto, la revolución seguía avanzando principalmente en Atacama, ya que en Talca, Concepción y Valparaíso encontró una rápida respuesta de las autoridades. En marzo de 1859, las tropas rebeldes –dirigidas por Pedro León Gallo, regidor de Copiapó, acaudalado minero y hermano de Ángel Custodio, camarada de Vicuña Mackenna preso junto a este– vencieron a las gubernamentales en la batalla de Los Loros (cerca de La Serena). Con todo, un mes más tarde resultaron aplastadas en Cerro Grande; Gallo huyó a Argentina y sus tropas, dispersas, fueron derrotadas de manera definitiva en mayo.

Poco antes, a comienzos de marzo, Vicuña Mackenna, Ángel Custodio Gallo y los hermanos Matta fueron sacados de la Penitenciaría por agentes del Estado y llevados a Valparaíso en un viaje de 22 horas (Vicuña Mackenna, 1916). El 9 de marzo se les embarcó con rumbo desconocido; pronto se enterarían de que Inglaterra sería su nueva y forzada tierra en el exilio. Aún quedaban algunas semanas para que se librara la batalla que condenaría a la oposición, pero para Vicuña Mackenna, con 27 años de edad, la segunda revolución de su vida ya había terminado.

A modo de epílogo

La juventud de Benjamín Vicuña Mackenna se caracterizó por su activa participación política. Sin duda, la herencia intelectual de su padre, Pedro Félix, ejerció una fuerte influencia que moldeó su espíritu rebelde. En un contexto marcado por el autoritarismo, ambos compartieron una misma bandera de lucha: la reforma a la Constitución de 1833.

Vicuña Mackenna comenzó su actuar político en plena época de transformaciones en la cultura política nacional, debido a la formación del Partido Liberal. Una de las aventuras políticas más destacadas del joven Benjamín fue su pertenencia, desde 1850, a la Sociedad de la Igualdad, organización que defendía el culto a la razón, promovía las relaciones asociativas entre la élite y el artesanado, y criticaba ácidamente el régimen conservador. Por lo mismo, la organización fue considerada como una amenaza por el mundo eclesiástico y el Gobierno de Bulnes, que terminó suprimiéndola.

En su labor como periodista y editor de *La Barra* –el órgano oficial de la Sociedad de la Igualdad– Vicuña Mackenna tuvo un crucial papel en la difusión de las ideas liberales, al tiempo que iniciaba un fructífero período de aprendizaje político. A lo largo de este proceso –que incluyó su participación como mensajero y secretario en el motín de Urriola (abril de 1851)–, el joven estudiante demostró coraje e iniciativa, además de un profundo conocimiento de la Revolución francesa, un referente clave de su pensamiento político.

Algunos meses después, luego de escapar de la cárcel, se trasladó al Norte Chico, desde donde –junto a un puñado de jóvenes opositores al régimen conservador– proyectó la ansiada revuelta por todo el país. La coyuntura lo llevó a ejercer las funciones de jefe militar y gobernador de Ovalle, cargos en los que, sin embargo, permanecería solo por un breve tiempo. La derrota le significó una condena a muerte por parte de la justicia y lo forzó, en definitiva, al exilio.

A fines de 1855, con Manuel Montt todavía en el poder, Vicuña Mackenna retornó al país, ya sin causas judiciales en su contra. Convencido de que la existencia de prensa opositora al mundo conservador era un factor esencial para la formación de una opinión pública ciudadana, un par de años después retomó su labor como periodista y publicó *La Asamblea Constituyente*. Por su continua campaña en favor de la reforma constitucional, fue nuevamente detenido y encarcelado, mientras en el resto de Chile comenzaba una insurrección que derivaría en la guerra civil de 1859. En medio de ese trance, fue deportado junto a otros correligionarios a Inglaterra, desde donde viajaría

por otros países, para retornar a su patria recién a comienzos de la década de 1860. Se cerraba así una etapa de su vida que dejaría una profunda marca en su actuar posterior.

Referencias

Los títulos marcados con ✔ se encuentran disponibles en la biblioteca del Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna.

- Carmagnani, M. (2004). *El otro Occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ✔ Figueroa, P. (1903). *Historia del popular escritor Don Benjamín Vicuña Mackenna: su vida, su carácter i sus obras. Cincuenta años de la historia política, literaria i social de Chile. Escritor, periodista, revolucionario, proscrito, viajero, estadista, diplomático, majistrado, lejislador, orador, parlamentario [...]*. Santiago: Barcelona.
 - ✔ Galdames, L. (1932). *La juventud de Vicuña Mackenna*. Santiago: Prensas de la Universidad de Chile.
 - ✔ Gazmuri, C. (1997). *El «48» chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos*. Santiago: Universitaria.
 - ✔ Grez, S. (1997). *De la «regeneración del pueblo» a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. Santiago: Dibam.
 - ✔ Jaimovich, D. (2007). ¿Por qué la justa apreciación del trabajo es la verdadera democracia? El porvenir del hombre de Pedro Félix Vicuña. En P. F. Vicuña, *El porvenir del hombre*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
 - ✔ *La Asamblea Constituyente, 1858. La Barra, 1851.*
 - ✔ Orrego Vicuña, E. (1934). *Vicuña Mackenna en la Universidad de Chile*. Santiago: Prensas de la Universidad de Chile, 1934.
 - ✔ Salazar, G. (2007). *Construcción del Estado en Chile (1800-1837). Democracia de los «pueblos». Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico*. Santiago: Sudamericana.
 - ✔ Vicuña Mackenna, B. (1862). *Historia de los diez años de la administración de don Manuel Montt. Tomo I: Levantamiento i sitio de La Serena*. Santiago: Imprenta Chilena.
 - ✔ Vicuña Mackenna, B. (1878a). *Historia de la jornada del 20 de abril de 1851. Una batalla en las calles de Santiago*. Santiago: Rafael Jover.

Vicuña Mackenna, B. (1878b). Los jirondinos chilenos. En *Relaciones históricas: colección de artículos y tradiciones sobre asuntos nacionales: segunda serie*, pp. 369-420. Santiago: Rafael Jover Editor.

✔ Vicuña Mackenna, B. (1911). Diario de don Benjamín Vicuña Mackenna desde el 28 de octubre de 1850 hasta el 15 de abril de 1851. *Revista Chilena de Historia y Geografía, Santiago*, (2), segundo trimestre.

Vicuña Mackenna, B. (1916). *Mi diario de prisión, 1858-59*. Santiago: Universitaria.

✔ Zapiola, J. (1851). *La Sociedad de la Igualdad i sus enemigos*. Santiago: Imprenta del Progreso.